

EL LEGADO PSICOLÓGICO DE JUAN PABLO II

Ignacio Fernández R.¹ y Jorge Sanhueza R.²

La muerte de Juan Pablo II ha generado reacciones en la mayoría de las personas, por lo que queremos contemplar el legado de Juan Pablo II desde las contribuciones de la Psicología, intentando prescindir de una lectura religiosa e ideológica explícita, que sabemos es sólo parcialmente posible dadas las creencias de quienes escribimos.

El Papa quedó huérfano a temprana edad, sufrió enfermedades importantes, el ataque de Ali Agca en 1981 y el mal de Parkinson que le asoló. Enfrentó sus dificultades y emergió una persona que resolvió crecedoramente sus problemas personales, a pesar de tener importantes factores en contra. Fue **un Papa resiliente**, ejemplo de que los condicionamientos psicológicos e históricos son modificables, que se puede crecer y desarrollarse a pesar de las dificultades, y que se requiere visión, motivación y voluntad para avanzar a estados de mayor desarrollo individual.

Viendo las imágenes de su vida el Papa era sonriente, alegre y de un gran humor. Vivía en emociones expansivas, generando cercanía con las personas, proyectando confianza y logrando tender puentes emocionales hacia las personas que recibieron su mensaje por diferentes medios. Las personas que psicológicamente viven en emociones positivas enfrentan la vida con aceptación de la realidad que viven, fomentan la convivencia social, y sus resultados y obras tienden a ser mucho más amplios e influyentes que los de las personas que viven en emociones contractivas y negativas. Fue **un Papa feliz**.

Fue **un Papa deportista**, lo que insinuaba una aceptación e integración de la corporeidad como uno de las dimensiones principales del ser humano integrado, y no en un rol secundario y denostado desde la razón y el dualismo cartesiano.

El arraigo a su patria, a sus costumbres y a su gente marcó profundamente su vida y su historia. Su permanente referencia a la tierra, su relación con las diferentes nacionalidades y con las costumbres de los pueblos originarios, así como el sentido de fraternidad que inspiraba en quienes lo conocieron, reveló un hombre relacionado con su entorno. Su cercana aproximación a quienes estaban a su paso, mostró que es posible que el Pontífice pudiera "bajar" de su trono y hacerse cercano a los demás. Fue un **Papa arraigado y vinculado**.

Tras la imagen del Papa viajero estuvo su persistente deseo de acercarse y acercar su mensaje a las personas, en sus países. Culturalmente entendió que la única manera que las personas aceptemos algo es cuando entra en nuestro mundo y nos toca desde la emoción, lo que facilita la aceptación y adhesión personal. Su capacidad políglota, su cercanía con la gente, el besar la tierra a la que llegaba, el nombrar santos y beatos de diferentes países, la inclusión de las prácticas nacionales y de religiosidad popular en las visitas papales, fueron algunas de las capacidades y herramientas que acercaron al Papa a cada pueblo y les hizo sentir que se ponía en su lugar y los entendía, viendo el mundo desde su mirada. Su capacidad de escuchar, esa escucha profunda de lo implícito y sentido por las personas, le permitía que ese sólo escuchar contactara a las personas con

¹ Profesor Escuela de Psicología, Universidad Adolfo Ibáñez

² Decano Escuela de Psicología, Universidad Adolfo Ibáñez

los niveles más profundos de su ser, lo que lo constituyó en una persona empática que sintonizó y resonó en el contacto directo con la gente. Fue un **Papa cercano**, emotivo e inculturado.

Esta cercanía fue más allá aún, pues el Papa mostró interés por vincularse verdaderamente con las personas, generando un espacio emocional de disponibilidad y aceptación. El Papa transmitía en su actuar una aceptación de las personas como legítimos otros, tan dignos como él. Ese amor y respeto que reflejó fue la llave maestra para que entrara en los mundos íntimos de muchas personas y para que éstos sintieran que construyeron una relación personal con Juan Pablo II, dándole un lugar de familiaridad en la vida propia. Hemos escuchado estos días muchas metáforas que simbolizan la figura que el Papa representó para las personas, siendo la más habitual la del Padre, como un padre bueno, acogedor y presente.

El Papa como padre bueno se relaciona con la imagen del padre propio, lo que permite, en el caso de personas con malas experiencias con su papá, reconstruir y reconfigurar relaciones dañadas con la propia imagen paterna. En este sentido, Juan Pablo II como Padre abre la posibilidad de nuevas alternativas de conducta para las personas, en cuanto ésta puede relacionarse con una mejor imagen parental. La otra relación es con la figura de Dios Padre, modificando la frecuente introyección de Dios como lejano, punitivo, castigador y temible, y acercándonos a un Dios con las características de Juan Pablo II: cercano, alegre, emotivo, bueno, firme e incondicional.

Conocido es que Juan Pablo II atribuyó su salvación al atentado de 1981 a un milagro de la Virgen María, reconocido como el tercer misterio de Fátima. Su devoción mariana sitúa la imagen de la Madre como esencial, como símbolo de la estabilidad y arraigo a la vida, y como una figura siempre protectora, silenciosa e incondicionalmente presente en el amor. El **Papa como hijo de una madre incondicional** permite a las personas con madres o figuras maternas que les hacen daño, la posibilidad de buscar una figura materna sustitutiva, que desde el cuidado amoroso ayudará a sanar las heridas de la vida. La Madre Buena. Para los católicos, María, la madre del Jesús humano.

Si bien puede parecer obvio que el Papa haya sido una persona de alta espiritualidad, no hay que olvidar que el emerger espiritual es un proceso psicológico común a todos y cuyos contenidos no tienen que ser necesariamente religiosos. Es la práctica en metodologías de expansión de conciencia lo que permite que surja la espiritualidad como efecto de niveles crecientes de conciencia. La oración, contemplación, rituales, retiros y ejercicios espirituales son metodologías que, a partir de la relación con lo divino, se centran en la esencia existencial individual desde la cual emerge una espiritualidad transpersonal, con profundas preocupaciones sociales, morales, estéticas y ecológicas. Ver a un Papa que rezó en profundo silencio y en público, fue una de las imágenes más significativas para muchas personas, mostrando que ser un **Papa conciente y espiritual** es resultado del acto más humilde e individual: el silencio ante el Creador, permanentemente. Son las metodologías en primera persona las que permiten y facilitan el desarrollo espiritual y de conciencia del más alto nivel, desde la sensación sentida en el propio cuerpo de la conciencia universal.

En la relación con otras espiritualidades y sus pueblos originarios, Juan Pablo II mostró la perspectiva global de un visionario que entiende que es necesario construir nuevos espacios de relación desde la iniciativa y la apertura. Desde la humildad, pidió perdón por los errores de la Iglesia Católica en la historia, representados en la inquisición y el silencio ante el holocausto, rompiendo con la imagen de poder e incluso de soberbia de la Iglesia ante sus equivocaciones. Al pedir perdón, sólo cuando el dañado recibe y acepta el perdón, se libera la flagelación personal y se abren los caminos de desarrollo individual que la culpa detuvo. Juan Pablo II fue psicológicamente un constructor de puentes, de espacios de posibilidad y de co-construcción de nuevas realidades, a nivel político, religioso, social y personal, **un Papa vinculante y que pide perdón.**

Respecto del desarrollo moral, Juan Pablo II continuó parte de la tradición de la Iglesia Católica de poner el acento en la moral convencional, es decir, indicar los fundamentos de aquellas normas, preceptos y convenciones que los católicos deben seguir para ser tales. Esta aproximación deja de lado el desarrollo psicológico de mayor nivel, la moral post convencional, aquella que se logra por la conciencia de los principios humanos perennes y orientadores de las personas buenas, y que las perspectivas pastorales de la Iglesia, acogen con sutileza y aún con algunas contradicciones. Lograr moral post convencional deriva de experiencias emocionales y de conciencia que permitan un emerger espiritual de la persona, desde el cual surge un actuar responsable y ético. Es una moral esencial desde la mismidad, perdurable en el tiempo, y que no surge como imposición externa, esfuerzo por trabajar las virtudes o emprender luchas contra el pecado. La psicología transpersonal, así como la denominada psicología positiva, muestran que existe un eje interior humano orientado hacia la felicidad y el bienestar personal y colectivo, y que en la corporeidad están encarnados los mecanismos biológicos para el crecimiento humano. Estos mecanismos que están en nuestra biología requieren que asumamos la tarea de generar las condiciones personales para que ellos puedan desplegarse en todo su potencial humano.

Pareciera que en algunos miembros de la jerarquía de la Iglesia Católica no existe la distinción de moral post convencional ni claridad respecto de los caminos que muchas culturas tradicionales han seguido para el desarrollo humano y que la psicología ha confirmado desde lo científico: el desarrollo del pensamiento post-convencional y la expansión de conciencia como fundamento del desarrollo moral.

Juan Pablo II contó con una visión de su misión humana, dirección que le inspiró a poner la vida al servicio de su cumplimiento. La felicidad de la vida está en trabajar con la mayor dedicación y convicción por alcanzar esa misión personal, en el trabajo diario y la focalización continua. Eso es lo que está al alcance de la influencia y el control individual, por lo que ser feliz o tener éxito psicológico es hacer lo que creo necesario hacer, más allá de los resultados exteriores. Fue un **Papa inspirado por una misión personal**, igual que usted o nosotros.

Pocos discuten la figura de Juan Pablo II como líder, mas pocos identifican el origen de su liderazgo: su autogestión personal o autoliderazgo. Goleman y su propuesta de inteligencia emocional ha profundizado en la relevancia de la conciencia personal y la gestión de sí mismo como ancla de los líderes grupales y organizacionales. **El Papa como gestor de sí mismo**, conocedor de sus talentos y administrador de sus errores, es lo que permitió su potencia y eficacia como líder humano. Un reflejo inolvidable de lo profundamente conciente de sí mismo de Juan Pablo II fue su decisión de saludar en Semana Santa e intentar hablar una semana antes de morir, sabiendo y quizás queriendo mostrarnos su dolor, angustia e impotencia como expresión de su ser humano. Un Papa que quiso mostrar que el

dolor y el sufrimiento personal es una de las máximas expresiones de la humanidad individual, en función de la misión personal.

Como ser humano, el Papa también mostró algunas ambivalencias. En el contacto y cercanía con la gente se percibió un Papa acogedor, aceptador, humilde. Se podía percibir su vibración emocional en su alegría y en la firmeza de su convicción cuando pronunció discursos en contextos de baja receptividad. En su actuar parece un Papa adaptado a los signos de los tiempos. Pero en los documentos pontificios oficiales se observa un Papa no siempre acogedor, donde muchas veces la doctrina y la norma priman sobre el sentido pastoral. Más allá de entender que la Iglesia concibe parte de su perdurabilidad en la mantención de su tradición doctrinaria, el Papa no fue neutral en estos temas y profundizó la tradición conservadora de la Iglesia, lo que muestra una tensión y ambivalencia en su actuar. Vimos un Papa liberal en el contacto y lo mediático, y conservador en su teología y su actuar político. Desde la teoría de polaridades y partes internas desarrollada por la Psicología, se ve un **Papa en contradicción y conflicto interno**. Una solución posible a esta contradicción puede ser encontrada en la propia conducta de Jesús: hacer la distinción entre el error y el errado, es decir, ser misericordioso, cariñoso y cercano con todos los que nos equivocamos y firme contra el acto errado; acogedor con el pecador, firme ante el acto pecaminoso.

Todo lo anterior perfila un **Papa muy inteligente**, desde lo emocional, intelectual y social. Mas el Papa, como cualquiera, vivió en su visión del mundo y buscó ampliar, extender y adaptar el mensaje católico desde su visión del rol de la Iglesia. Desde lo sistémico, el Papa operó en dominios de primer orden, donde quiso ajustar y mejorar las conductas de la Iglesia ante los problemas de la cotidianidad humana, pero **no tuvo la capacidad de hacer una intervención de segundo orden**, una acción de aquel que mira la propia visión del mundo para ampliarla y, desde esos nuevos dominios de posibilidad, genera acciones y conductas más integradas e integradoras. Se podría afirmar que mientras parte importante de la jerarquía de la Iglesia Católica no haga un aprendizaje desde el segundo orden, no podrá enfrentar la complejidad con que los signos de los tiempos la amenazan y no dará respuestas a los excluidos por su mensaje generado en el primer orden.

Desde la psicología organizacional el legado de Juan Pablo II, presenta algunas posibilidades y desafíos.

Recogiendo el testimonio y el actuar de Juan Pablo II, la Iglesia debería avanzar en ofrecer un servicio personalizado de calidad para sus millones de "clientes". Ante la constatación de que muchas personas no se sienten acogidos ni aceptados por la Iglesia en sus necesidades, es preciso, como en alguna medida nos legó el Papa, acercarse más a las personas y poner la institución y la organización al servicio de ellas.

La forma de vida en comunidad en que vivieron los primeros cristianos evoca a los equipos de alto desempeño de las organizaciones, por lo que se intuye que un camino de organización futura para la Iglesia sería retornar a la construcción de comunidades, inspiradas por un proyecto común propio y donde el rol de los sacerdotes y religiosos, sea el de facilitar las condiciones para que la comunidad lleve adelante su proyecto, indudablemente alineado con las orientaciones de la jerarquía.

Sacerdotes, religiosos y laicos que logren hacer esto serán verdaderos líderes. Heifetz diría que lograron dar respuesta a las complejidades de las personas, adaptándose a sus necesidades y permitiéndoles adaptarse a los desafíos de la realidad. Echeverría diría que los pastores y agentes

pastorales están llamados a ser coaches que faciliten la emergencia de los procesos individuales y grupales de los fieles, desde el autoaprendizaje y un proyecto coinspirado y de sentido existencial. Ello también contribuiría a resolver la creciente ausencia de referentes significativos que nucleen la vida propia y podría contribuir a asentar una identidad personal identificada con la figura y el mensaje de Juan Pablo II, en aquellos aspectos que resuenen individualmente y sean beneficiosos para el desarrollo personal.

Una de las dificultades históricas de la psicología y la psiquiatría ha sido definir la sanidad y la salud psicológica en sí misma y no como ausencia de patología. Lo dicho sobre Juan Pablo II entrega elementos basales para una definición de lo que es normalidad y salud psicológica en un ser humano que, por su hacer en el mundo, expresó concretamente el potencial humano existente en cada uno de nosotros. Psicológicamente, el Papa fue uno de los puntos más altos como expresión de lo propiamente humano en nuestra historia contemporánea.